

Directivos y responsabilidad social

Por Juan José Almagro

Antes de la crisis, y mucho más a partir de ella, hemos leído y escuchado infinitas veces que tenemos que ser capaces de construir empresas competentes; es decir, adecuadas, proporcionadas, aptas, idóneas, que transmitan confianza y sean creíbles, que no se observen en el espejo permanentemente y cuyos directivos no pierdan el tiempo mirándose el ombligo. Organizaciones líderes basadas en las personas y asentadas en valores que, a su vez, crean valor. En fin, empresas con vocación de futuro y sostenibles.

Decimos esto porque la razón última y primera de Alternativa Responsable es, declaradamente, ética: una lucha por los valores en las organizaciones. Una batalla larga y difícil, como siempre lo fue a lo largo de la historia. Nietzsche lo advirtió: “una generación ha de comenzar la batalla, en la que otra ha de vencer”. Es obligatorio luchar por el ser humano y, aunque siempre caben segundas oportunidades, en las empresas deberíamos dejar de lado el mal ejemplo de los directivos indecentes que se han lucrado hasta la exageración con prácticas heterodoxas, siempre en el filo de la ley, especulando y obteniendo beneficios personales desorbitados, y que miran desde un pedestal, por encima de los demás mortales, donde sólo se rinde culto al dinero y al líder Narciso, y se glorifica a los máximos ejecutivos de las empresas, a quienes siempre se atribuyen los éxitos pero nunca los fracasos; y aunque los tengan poco importa: cobran cantidades astronómicas, tanto si trabajan como si son cesados o dimiten. La actual crisis, que hunde sus raíces en décadas anteriores y ha puesto en jaque al propio sistema financiero y a la posibilidad de un futuro sostenible, se debe a múltiples causas, pero también, y destacadamente, a una crisis de valores en todas sus vertientes y de ausencia/olvido de normas de conducta en el gobierno de las empresas.

Es evidente que, sin considerar su importancia social y económica, muchas multinacionales son hoy mayores que un gran número de países. Las empresas se han convertido en una de las principales instituciones sociales del siglo XXI, y no sólo por la riqueza que crean y el empleo que generan. Son motores de innovación y agentes del cambio que se está produciendo, protagonistas principales del mundo que estamos viviendo y, precisamente por ello, se les demanda, en un escenario que tiene que ser más humano y habitable, cumplan con sus deberes (dar resultados, crear empleo, ser innovadoras y competitivas) y velen porque la desigualdad no se instale en su seno.

Pero el capital se vuelve impaciente, y la necesidad artificial de un valor bursátil en permanente alza, unido a prácticas financieras irresponsables, ya sean en forma de hipotecas o de créditos, o vaya usted a saber, son en buena medida causantes de este guirigay económico globalizado del que unos son más responsables que otros, aunque a todos nos corresponde nuestra cuota.

Por ejemplo, los directivos del sector financiero estadounidense, ahora en el ojo del huracán por sus retribuciones millonarias e impúdicas, garantizadas sea cuales fueran los resultados de las empresas que dirigían. No hace falta señalar detalles.

La Unión Europea y el Foro de Estabilidad Financiera, que depende del famoso G-7, se están cuestionando en qué medida la remuneración de los Altos Directivos, en función de los beneficios a corto, “puede contribuir a la adopción de riesgos desproporcionados

y al desequilibrio del sistema financiero”. Parece claro que puede hacerlo. A estas alturas, el directivo también impaciente y ansioso (de ganar mucho dinero y en poco tiempo), no es una especie en extinción.

Desde Alternativa Responsable, y como aporte a la necesaria reflexión en estos momentos, queremos significar:

- Hace falta que aprendamos a gestionar las empresas de otra forma. La empresa del porvenir debe estar atenta a los cambios sociales y, si quiere sobrevivir, debe ser capaz de transmitir a la opinión pública y a sus clientes su sincera preocupación por los temas que también inquietan y preocupan a los ciudadanos. También en tiempos de crisis.
- Los ingresos de los directivos deben merecerse, ajustando los salarios de forma tal que, aunque la política de retribuciones premie lógicamente la responsabilidad, nunca pueda olvidarse que los sueldos deben ser prudentes, equilibrados, equitativos, que no provoquen escándalo y, aunque resulte paradójico, que tengan sentido común. Para que no cunda la desconfianza hacia las empresas y sus ejecutivos (lo que mata a las organizaciones) hay que huir de los riesgos y el descrédito que acarrear políticas de retribuciones crecientes entre los que mandan, prohibiendo las indemnizaciones millonarias (si hay ayudas públicas) y huyendo de ellas sea cual fuere el resultado de la empresa, estableciendo modelos de compensación donde el bonus (la retribución variable) esté relacionado con la rentabilidad y la creación de valor a largo plazo para las diversas partes interesadas, incluso con el logro de objetivos en Responsabilidad Social. De alguna forma, eso es también sostenibilidad en su sentido más cabal.
- Los cargos, aunque muchos no lo crean, nos obligan, por muy altos que sean (más cuanto más arriba estén), al trabajo, a la disciplina y al compromiso responsable, además de a un ejemplo inexcusable. Los directivos se deben a las empresas para las que trabajan; no son más que ella ni están (algunos piensan que sí) por encima de la institución. Todos tienen la sagrada obligación, y a todos les cabe la responsabilidad, de velar por el porvenir de la empresa (y de poner las bases de una empresa con futuro), y por los que son y podrán ser accionistas, empleados y colaboradores. Dirigir no es sólo mandar o resolver problemas concretos, es también tomar decisiones en el sentido esencial de la historia, que es del porvenir. Alguna responsabilidad cabe a las empresas, y a sus dirigentes, para hacer posible y contribuir a un mundo más justo, más humano y solidario. Si el liberalismo clásico la ética constituía una barrera para la eficacia económica, hoy no se concibe el éxito empresarial de manera sostenible (ganar dinero es otra cosa) sin una dimensión ética importante. Y esa dimensión la aportan, en primer lugar, los directivos responsables. En eso creemos.